

pintor de este alto dignatario, el uno representándole a pie y armado (que es el que se ve en nuestra lámina) y el otro sentado y sin armas, con el traje de gran maestro. Bellori dice que en su tiempo el primero de estos dos retratos fué colocado en el arsenal de Malta. Por nuestra parte mas bien nos inclinariamos á creer que el palacio de la Orden debió mas bien haber guardado aquel en que estaba representado en toda ceremonia. Sea como quiera, el hermoso retrato que posee el Museo del Louvre entró ciertamente en 1760 en la colección del rey Luis XIV.

Recientemente se ha colocado el retrato de Vignacourt en el salon principal del Museo del Louvre entre los cuadros mas afamados. Todo el mundo conoce la vida de Miguel Angel, quien despues de haber servido en su infancia de peon de albañil, principió por hacer algunos buenos retratos. Un apuro en que se vió en Milan le obligó á refugiarse en Venecia, donde estudió el colorido del Giorgino, maestro que desde luego le gustó mucho. De allí pasó á Roma, donde la necesidad le hizo entrar en el estudio del caballero José de Arpina, muy nombrado á la sazón en la corte pontificia. Conociendo la vigorosa observación que se veia en las obras de su aprendiz, José de Arpina le mandó pintar cuadros de flores y de frutas; pero Miguel Angel se cansó bien luego de esto, y con miras mas elevadas, dice Bellori, se aprovechó de la ocasion que le ofrecia un pintor de género grotesco llamado Próspero, para salir del estudio de José y disputarle á su maestro la palma. Desde aquel momento data la revolucion que hizo Miguel Angel en las artes, aplicando á la pintura la grande energia de su temperamento. Profésando un sistema sistemático por las puras y altas bellezas de lo antiguo, y por Rafael, no quiso reconocer otro modelo que la naturaleza ménos selecta, las escenas de las tabernas y de las plazas públicas. El vigor casi salvaje de su pincel y los efectos que buscaba, le hizo caer en la enemistad de los demas maestros, pero su orgullo no se desanimó; ayudado por el favor del cardenal del Monte, y luego de los Crescentii, y otros personajes romanos, llegó hasta tener su parte en los grandes trabajos que á la sazón se ejecutaban en Roma. Mas de una vez sin duda, Miguel Angel tuvo que sufrir muchas afrentas; mas de una iglesia halló que los santos personajes que pintaba tenian una fisonomia y espresion demasiado triviales para atraer el respeto de los fieles. Y sin embargo, nadie mejor que él supo contener su violencia cuando queria, como se está viendo en el retrato de Alof de Vignacourt, que es un modelo de noble altivez, así como el del papa es una de las figuras de las mas delicadas.

La licencia de la vida de este pintor caprichoso fué superior aun á la de su pintura. Descuidado en su vestir, disipado é insolente, estaba siempre con la espada en la mano. Habiendo tenido una disputa en Roma en el juego de pelota con uno de sus amigos, le mató enseguida, y herido tambien él en la contienda, huyó precipitadamente y sin dinero. Al pronto halló un asilo en casa del duque Marzio Colonna, y luego se fué á Nápoles donde tuvo, como hemos dicho, el deseo de adquirir la cruz de Malta, lo que le determinó á embarcarse para ver al gran maestro. Debemos añadir aqui que Alof de Vignacourt se quedó tan contento con sus dos retratos, que despues de haberle concedido la cruz que solicitaba, le mandó pintar un cuadro para la iglesia de San Juan, lo cual le valió una cadena de oro y dos esclavos escogidos entre los prisioneros musulmanes que los caballeros vencedores tenian derecho para vender en su beneficio.

Durante su residencia en Malta, Miguel Angel vivió en la

abundancia de todos los bienes y todos los honores, formando en torno suyo una nueva escuela, pero su turbulencia no le dejó disfrutar largo tiempo de esta prosperidad. Bien luego tuvo una riña con un caballero distinguido; el gran maestro se ofendió de esta imprudencia, y Miguel Angel puesto en la cárcel, logró evadirse en medio de los mas grandes peligros y se marchó á Sicilia, donde dejó tambien varias obras maestras. Algun tiempo despues, no creyéndose allí en seguridad, quiso volverse á Nápoles para esperar la gracia que debía permitirle la nueva entrada en Roma, y al mismo tiempo, para hacer las paces con el gran maestro, le envió una Herodias con la cabeza de San Juan en una bandeja; pero su buena suerte le habia completamente abandonado: un día que estaba á la puerta de la posada del *Ciriglio*, fué rodeado por un grupo de hombres armados que le maltrataron y le cortaron el rostro. A pesar de los crueles dolores que sufría, tuvo aliento para embarcarse con direccion á Roma al instante, donde le perdonó el papa le esperaba. Al llegar á la playa, la guardia española, tomándole por un caballero que estaba esperando, se apoderó de él y lo metió en la cárcel. En cuanto reconoció el error le pusieron en libertad, pero ya era tarde; su barquichuelo habia desaparecido con su equipaje. Furioso con todos los transportes de la rabia, se arrastró á pié al borde hasta Porto-Ercole, en medio del calor de un día de estío, y esto le costó una fiebre maligna que le llevó al sepulcro en pocos dias. Esto era en 1609 cuando el pintor tenia cuarenta años. En Roma donde estaban esperando su vuelta, causó una sensacion general la noticia de esta triste muerte en medio de una ribera desierta. El caballero Marin que era amigo suyo le compusou un epitafio.

Alof de Vignacourt, hijo de una familia de nobleza antigua, sucedió el 10 de febrero de 1604 al gran maestro Garcés. Solo á su mérito debió el haber sido elevado á esta dignidad. El abate Vertot dice que en ningun tiempo hizo la órden de Malta mejores cosas que en el suyo. Vignacourt mandó construir en 1616 un magnífico acueducto de cuatro millas de largo para llevar agua á la nueva ciudad de Lavallette, y murió de una insolucion en la caza el 14 de setiembre de 1622.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 11, 21, 26, 34, 45, 53, 62, 66, 71 y 82.)

XXI.

Era de noche; en un cuarto del piso inferior de la torre del Steinberg, Whilelmina y Maria conversaban tristemente. Este cuarto era muy parecido al que ya hemos descrito en otra ocasion, con la diferencia de que no estaba abovedado. Lo mas notable que habia en él era una inmensa chimenea de piedra cargada de esculturas; una placa colosal de hierro colado tapaba la boca de la chimenea.

Una atmósfera húmeda y fria reinaba en aquel aposento, amueblado por el estilo del que conocen ya nuestros lectores. Por la estrecha ventana abierta en aquel momento se descubria el buerto entre las ruinas alumbrado por un pálido rayo de la luna.

Un profundo silencio reinaba en el castillo.

Las dos mujeres, sentadas juntas cerca de una modesta lámpara se hablaban en voz baja; una persona colocada á algunos pasos de ellas no habria podido oír las; de este modo sus ahogadas voces en aquel vasto y sombrío aposento despertaban ecos débiles y sordos que parecían dolorosos gemidos.

Muchas veces ambas se estremecian, al menor ruido de la puerta; entónces una ráfaga de viento movia las antiguas colgaduras y hacia vacilar la llama de la lámpara, y despues todo volvia á caer en un mortal silencio.

Las pobres mujeres permanecian trémulas algunos momentos sin atreverse á seguir el hilo de su conversacion.

Whilelmina estaba sentada en una antigua poltrona del tiempo de Luis XV.

Su traje era propio de una convaleciente; la enfermiza palidez de su rostro, y la diáfana flacura de sus manos y de sus mejillas atestiguan lo que habia padecido.

Sin embargo á pesar de la inquietud de que parecia hallarse poseida, una lijera sonrisa brillaba en sus labios; sus ojos azules se animaban un poco en tanto que escuchaba á la buena Magdalena. Esta, por el contrario, habria podido servir de modelo para pintar el dolor y el espanto; apenas se atrevia á respirar, y cada instante se interrumpia para mirar alrededor con ojos asustados.

— Conque le has visto esta tarde? decía Whilelmina con acento exaltado; has visto á mi querido Frantz? y dime, te ha parecido que estaba bien curado de su enfermedad? Quería verme, no es cierto? Ay! Me está prohibido subir á la torre!... Pero le has escrito; ya sabe que estoy buena, que...

— Sabe el peligro en que estás aqui, murmuró Magdalena; le he dicho que viniese en nuestro socorro... Si el señor baron supiese mi falta, estaba perdido!... Pero no siento haberle desobedecido, por primera vez... se trataba de salvaros!

— Has hecho mal de dirigirte á Frantz, Magdalena; ya á querer penetrar aqui...

— El es causa de todos vuestros males; quién sino él debe tratar de remediarlos?

— Magdalena, ponderas mucho el peligro de mi posicion. Eceptuando esta reclusion tan rigurosa, mi hermano no me ha dado hasta ahora ningun mal tratamiento... Es verdad que unas veces está sombrío y taciturno, y otras habla solo con una vehemencia que parece un loco; pero hasta aqui, su conducta no prueba la existencia de los siniestros proyectos que tú le supones. Mi hermano es bueno, Magdalena, y si se le quitase esa fiebre que le hace delirar...

— Si estuviese en su juicio no temeria nada, pero desgraciadamente no hay ilusion posible; no solo es la fiebre lo que turba el juicio al señor baron...

— ¿Conque crees?... Pero qué ha pasado hoy que he oido un tiro en la plataforma de la torre, y luego unos gritos agudos?

Magdalena titubeó un poco ántes de responder.

— No debo ocultaros esa triste escena, respondió con una voz tan baja que apenas se le oia. El señor baron ha dado hoy una prueba de su temible locura. Esta mañana, sin duda por primera vez, notó que las cigüeñas habian vuelto á su antiguo puesto, y pasó largo tiempo examinándolas. Por fin me llamó, y me preguntó con mucho afán, señalándome al mismo tiempo la cigüeña que lleva al cuello una especie de collar:

— No es esa la cigüeña que cuidó el baron Hermann?

— Si, señor, le respondi; es el hinkende, en tiempo del

baron Hermann solia venir dentro del castillo, pero...

— Está bien, vele. Obedecí, y cinco minutos despues al bajar la escalera de la torre oí un tiro... El señor acababa de tirar al hinkende, tan querido de vuestro señor abuelo... Me quedé temblando al pensar en las desgracias que nos iba á traer ese sacrificio, cuando oí bajar á Fritz rápidamente enviado por el señor baron para buscar á la cigüeña herida. Fritz volvió bien luego sin traerla; el hinkende habia desaparecido como por encanto... De repente se oyeron gritos espantosos en la plataforma, y subí al punto porque era la voz de mi hijo... Dios nos asista! el señor baron con la boca cubierta de espuma y los ojos saltando de sus órbitas, habia cojido á mi pobre hijo por el brazo y le tenia suspendido en lo alto del pretel sobre el abismo... Un segundo mas tarde, y se acabó mi hijo! se habria hecho pedazos entre las rocas del Steinberg.

La pobre mujer se detuvo, faltándole la voz con este recuerdo.

— Y sin embargo, Magdalena, Fritz se halla sano y salvo? — No sé lo que bice ni lo que dije; pero el señor baron me miró con ojos desencajados, y luego dejó á Fritz saltar á la azotea. Ah! Whilelmina, si hubieseis visto á vuestro hermano en aquel momento, estarias temblando todavia.

— No temo la muerte por mi misma, Magdalena; pero qué haria Frantz si yo muriese? Por otra parte ni tu hijo ni tú podéis vivir así, espuestos á semejantes peligros... aconsejame, Magdalena; que debo hacer para sustraerme al cautiverio en que nos tiene mi hermano Enrique?

— Quién sabe? Solo Dios puede socorrernos.

— Huyamos del Steinberg... ya estoy firme para poder andar; pongámonos bajo la salvaguardia de la justicia.

— Si, pero cómo saldremos de aqui? las llaves de la puerta están en poder del señor baron de noche y de dia.

— No podria ayudarnos tu hijo?

— No concieis á Fritz Reutter, respondió Magdalena con orgullo; aunque dependiera de ello la suerte de la Alemania no desobedeceria al baron de Steinberg; mas bien negaría á Dios que á su dueño legitimo. Se ha acostumbrado á una sumision ciega desde su infancia; hoy mismo, si hubiera empleado sus fuerzas naturales habria podido soltarse de los brazos del mayor, pero prefirió esponeerse á una muerte horrible, mas bien que faltar al respeto que debe á su amo defendiéndose contra él. No esperéis socorro ninguno de Fritz, Whilelmina; ni aun de mi hermano caso si le aconsejara alguna cosa contra lo que él llama su deber.

— Pues entónces, busquemos socorros fuera, porque verdaderamente aqui no estamos seguros... Y el cirujano que me ha curado...

— El señor baron le despidió bruscamente hace algunos dias y no volverá ya. Whilelmina, solo una persona puede sacarnos de este apuro, y es el señor Frantz vuestro marido.

— Oh! no, no, él no; Dios haga que yo no vuelva á ver jamas juntos á Frantz y á mi hermano! Me moriria, estoy segura.

Al llegar á este punto la conversacion, la puerta del cuarto rechinó en sus tomados goznes; las dos mujeres lanzaron un grito de espanto y se levantaron: el mayor de Steinberg acababa de aparecer como un espectro amenazador en la oscuridad de la escalera.

Sin notar el terror que causaba, entró con paso lento y medido. El mas terrible desorden reinaba aun en su persona y en sus atavios. Su tez estaba livida, y sus ojos brillaban

como dos carbunclos. Estaba armado de un modo singular; llevaba su espada al lado, y en el cinturón de su pantalón llevaba colgadas dos pistolas de montar, conservando en la mano la escopeta con que había tirado al hinkende aquella mañana.

En cuanto entró se fué derecho á Whilelmina, y poniendo en tierra la culata de su escopeta, la dió un besó diciéndola: — Buenas noches, hermana mía.

La jóven se estrechó como si hubiera sentido en la frente un hierro encendido.

— Buenas noches, Enrique, murmuró trabajosamente. Pero, porqué traéis esas armas, hermano mío? qué tenéis que temer aquí?

— Ah! No lo sabeis? replicó el baron sonriendo, y bajando su voz en tono de confidencia; tengo que combatir con un enemigo bien terrible... pero no cedere; no, lo juro por mi alma.

— Contra quién tenéis que defenderos?

— Contra el diablo! respondió Steinberg.

Y al decir esto retrocedió dos pasos olvidando que ella había sido la primera en conocer que su amo había perdido el juicio.

— Si... el diablo... el demonio... el espíritu malo, continuó el baron con impaciencia; nos hemos declarado la guerra; ya verá lo que es un mayor del regimiento de Baviera.

Whilelmina se deshacia en lágrimas.

— Enrique, le dijo tomándole las manos, volved en vos... prefiero veros irritado contra mí que otros semejantes palabras... recobrad vuestra razón, hermano mío; no tenéis otro enemigo que vos mismo; los demonios que os persiguen son vuestros malos pensamientos...

El mayor retiró su mano con presteza.

— Pobre loca, respondió encolerizado, venis ahora á dar lecciones á vuestro hermano, á vuestro tutor, al jefe de la familia? Os digo que nos hemos declarado la guerra el diablo y yo. Antiguamente Satanás no se atrevía á presentarse á mí tomando una forma visible; por eso me impelió á jugar el Steinberg contra Ritter, é hizo que lo perdiera; despues volví mi espada contra vuestro pecho el día que... el día que fuisteis herida. También él me tienta cada noche diciéndome al oído que venga á ahogaros cuando estáis durmiendo... Pero por fin ha renunciado á todas sus astucias; hoy se ha mostrado francamente á mis ojos, le he visto claramente... había tomado la forma de una cigüeña...

Ambas mujeres se miraron en silencio.

— Hermano mío, dijo tristemente Whilelmina, en efecto me han dicho que habíais matado á una pobre cigüeña, cuyo cuerpo no se ha podido hallar, pero...

— Si, no se ha podido hallar su cuerpo! Sin embargo yo la vi caer herida mortalmente; sus plumas volaron en el aire; estaba herida de muerte... si, vi todo eso, y á pesar de ello, la cigüeña está ahora en su nido, en el alto de la torre, con su hembra y sus puequeñuelos!

— Cómo! exclamó Magdalena, incapaz de contenerse, el hinkende se halla ahora en su nido?

— Está durmiendo, y ahora no me queda ya duda ninguna de su infernal origen. Es un demonio... mi abuelo Hermann pudo someterle, pero en el día se subleva contra nosotros... Sin eso, cómo puede explicarse su vuelta al cabo de tres años de ausencia? Y luego el collar que llevaba al cuello también ha desaparecido. Por medio de ese talisman habría yo podido levantar otra vez la fortuna de mi casa, porque habría descubierto el tesoro de mis antepasados...

la cigüeña ha vuelto, pero sin el collar... Cuando la vi otra vez en el nido, quise tirarla de nuevo, pero, mirad lo que es el poder del demonio, tres veces la apunté, y tres veces se me cayó la escopeta de las manos... La cigüeña infernal me miraba con unos ojos que me helaban la sangre en las venas.

Whilelmina no veía en las palabras de su hermano mas que un horroroso desvario; pero Magdalena que tenía llena la cabeza de fábulas y misterios, parecía dispuesta á creer lo que el mayor decía.

— Dios mío! exclamó con tristeza; sería posible? Acaso se habrá cambiado la benéfica influencia de las cigüeñas? Qué crímenes ha cometido la familia de los Steinberg para merecerlo?

Whilelmina miró á Magdalena con sorpresa, sin poderse figurar que hiciera caso de los estravios de su hermano. Este por el contrario prestó la mayor atención á las palabras de la pobre vieja.

— Si, tienes razón, Magdalena, repuso, sé de donde viene ese cambio fatal. Los miembros que existen aun de la familia de los Steinberg han tenido una conducta culpable. Los espíritus que antiguamente protejieron nuestra casa, se han vuelto contra ella... Ha habido faltas vergonzosas que se han quedado sin castigo... pero serán castigadas, te lo juro, y pronto, pronto.

Whilelmina cruzó las manos con espanto.

— Hermano mío, exclamó con una voz vibrante; no me habeis perdonado ya?

El mayor permaneció impassible.

— Ella es la causa de todo, murmuró como si estuviese rethorizando en voz alta; por ella Dios se ha retirado de nosotros... Magdalena Reutter, añadió bruscamente, has contado á esa criatura la historia de Berta de Steinberg, y del baron Carlos de Stoffensels, llamado el *Hermoso Escudero*?

— Señor baron, es una historia singular... nunca me habría atrevido... no debía contar á Whilelmina...

— Vieja chocha! conque la llenas la cabeza de historias de fantasmas y de brujas, y no la cuentas lo que es verdad, y lo que habría podido aprovecharla mucho?... Suelta tu loca lengua, y cuéntale á mi hermana la historia de Berta, y del *Hermoso Escudero*... Sentaos Whilelmina, os lo mando.

Diciendo esto obligó á las dos mujeres á volverse á sus puestos, y él, despues de haber dado dos vueltas por el cuarto, se sentó junto á ellas, con la escopeta entre las piernas. Como Magdalena guardaba el silencio, la dijo con un acento duro y breve:

— Quieres hablar como te he dicho?

XXXI.

— Dios me perdona si me veo precisada á evocar semejantes recuerdos! dijo suspirando, pero el señor baron lo quiere, y no le desobedeceré jamás... Berta de Steinberg era la única hija del noble baron Manuel, que la quería entrañablemente como era natural. El baron Manuel se había casado en edad muy avanzada, y amaba á Berta como que la había tenido cuando ya era viejo. Por eso no la ocultaba ninguno de sus secretos, y se apresuraba á complacerla en todos sus caprichos y deseos. A la verdad, Berta parecía muy digna de este cariño; era muy modesta, muy instruida y tan hermosa que no se la podía ver sin quererla.

— Lo mismo que vos hermana mía, interrumpió el baron con una voz lúgubre.

— En la misma época había en el castillo de Stoffensels, al otro lado del Rhin, un jóven caballero muy famoso en los torneos por su destreza, valiente en los combates, que le llamaban el hermoso escudero. La primera vez que vió á Berta se enamoró de ella; la hija del baron le amó tambien, y se comunicaron sus sentimientos, pero tan grande era la rivalidad que existía desde tiempo inmemorial entre los Stoffensels y los Steinberg, que los dos jóvenes adivinaron desde luego que les era imposible unirse por mas que hicieran. Sin embargo de esto un lazo culpable se estableció entre ambos;

el hermoso escudero entraba todas las noches en el castillo, habiendo ganado quizás á algun guarda...

— Así sabes la historia de mi raza? interrumpió bruscamente el mayor; ese señor no tuvo que ganar á nadie.... Hay bajo nuestros piés un subterráneo que sale al campo, llamado el *Camino de la Huida*, que servia en los tiempos de sitio para que salieran los mensajeros durante la noche, despues de haberles vendado los ojos sin embargo, porque nadie mas que los señores del Steinberg debían conocer el *Camino de la Huida*....

(Se concluirá.)

FRANCISCO DESPORTES.



La caza de los lobos.

Francisco Desportes, nacido en la Champaña en 1661 y muerto en Paris en 1713 fué, durante esa larga carrera de ochenta y dos años, uno de los pintores mas fecundos y sobre todo de los mas hábiles que cuenta en su seno la escuela francesa. El número de edificios de todo género, como palacios y habitaciones reales y de particulares, que adornó con sus cuadros, fué verdaderamente prodigioso. Entre retratos, animales, cacerías, mamparas, biombos, aparadores, y otras composiciones para la fábrica de tapices de los Gobelinos, y para la manufactura real de tapices de Turquía establecida en Chailloit cerca de Paris, se cuenta una inmensa variedad de asuntos diferentes.

Sin embargo, ántes de la revolucion de febrero, el Louvre no poseía mas que siete cuadros de Francisco Despor-

tes, pero ahora hay un salon de ellos, y entre estos se encuentran sus cacerías de javalies, de ciervos y de lobos (este último es el orijinal del grabado que damos con este artículo) así como sus hermosos perros con sus variadas posturas, Silvia, Diana, Blonda, etc. raza escocja que Luis XIV quiso como príncipe, y que Luis XV parodió despues.

Al lado de esos hermosos lienzos se halla el retrato de su autor pintado por él mismo, y que regaló á la Academia, cuando su recepcion en 1699.

Desportes estaba en esta época en todo el brillo de su talento. Varios señores polacos que se hallaban en Paris y sobre todo el abate de Polignac que fué despues cardenal, le animaron á visitar la corte de Sobieski. El pintor, por el permiso de Luis XIV emprendió este viaje, en el cual hizo el

retrato del rey, de la reina y de una porción de polacos nobles.

Al cabo de una ausencia de dos años se volvió a Francia, y aunque en las regiones del norte se había acostumbrado mucho á hacer retratos, pintó de nuevo cuadros de animales y con el mejor éxito.

Desde el año de 1699 hasta 1742, un año antes de que muriese Desportes, hubo en el Louvre ocho exposiciones. Nuestro pintor espuso en todas ellas, y en algunas llegó á presentar hasta doce y trece cuadros de grandes dimensiones.

Entre los documentos oficiales concernientes al artista que nos ocupa, se encuentra uno muy curioso, que es el catálogo de la exposición de 1741. En él se leen bajo el nombre de Desportes, los siguientes títulos y descripciones de cuadros: « 1.º Cuadro de 17 pies sobre once y medio de alto representando un caballo espantado por un gran leopardo; detras está viendoun elefante, y una serpiente monstruosa enroscada en el tronco de un árbol; al pié del caballo se ve un papamoscas con la lengua fuera llena de moscas y de hormigas, y mas abajo un águila, con una porción de frutas, aves, y animales de la India. 2.º Cuadro de doce pies, sobre once de alto, representando unos pescadores indios, una negra con un cesto de fruta, y otro indio que está cazando pájaros con una ballesta: se ven varios pájaros en un árbol, así como muchas aves, frutas y peces. (Estos dos últimos cuadros forman parte de la colección pintada para el rey y ejecutada en tapicería en los Gobelinos) 3.º y 4.º Bajos relieves, el uno figurando el mármol blanco, suco por el tiempo, y el otro el bronce; alfombras de terciopelo, jarrones de oro, frutas y piezas de caza. 5.º Cacería, y un rosal cargado de rosas en un paisaje. 6.º Frutas y caza. 7.º El mismo asunto. 8.º Un perro danés que se lanza de un peristilo sobre una perra espantada que tiene sus hijuelos en un estanque lleno de cañaverales de siete pies sobre cinco de alto. 9.º Un grupo de piezas de caza colgado de un clavo y un gato, y 10.º el mismo asunto con un perro en lugar del gato.

El autor de estos cuadros cuyo pincel estaba lejos de manifestar la debilidad de su edad avanzada, tenía entonces 80 años, y al año siguiente espuso aun cinco cuadros mas!

ARNOUX.

adelantos científico-industriales en 1851.

PRUEBA MATERIAL DE LA ROTACION DIURNA DE LA TIERRA.

Todavía no existía ninguna demostración física, visible y accesible para todos de la rotación diurna de la tierra. En 1851 se ha encontrado esa prueba cuya posibilidad parecia tan dudosa.

M. Leon Foucault es el autor de este descubrimiento tan interesante. Hé aquí la descripción de su aparato:

En lo alto de una bóveda se coloca con solidez una fuerte pieza de hierro colado, de la cual sale una pequeña masa de acero cuya superficie libre y perfectamente horizontal, deja colgar un alambre de acero tambien muy delgado. Este alambre se estienda hasta dos ó tres veces de largo, y sostiene por su estremidad inferior una esfera de latón pulimentado que pese hasta doce libras. El centro de gravedad de la esfera coincide con el centro de un círculo trazado debajo de ella en el suelo ó sobre una mesa, y en el cual se encuentran marcados los puntos cardinales y los grados de la tierra.

En el momento de proceder á la operación se comienza por anular la torsión del alambre y las oscilaciones girato-

rias de la esfera, á la cual se aparta enseguida de su equilibrio sujetándola con la lazada de un hilo cuya estremidad libre se ata á un punto fijo en la pared á poca distancia del suelo. El desequilibrio del péndulo queda arbitrariamente establecido por la longitud del hilo.

Hecho esto se necesita amortiguar, por medio de un obstáculo que se va retirando poco á poco, el movimiento oscilatorio que el péndulo ejecuta todavia bajo la dependencia del hilo y del alambre. Reposado ya todo se quema el lazo y obediendo el péndulo entónces solamente á la fuerza de la gravedad, entra en acción y produce una larga serie de oscilaciones cuyo plano no tardará en experimentar un desvío sensible.

Al cabo de media hora es tal el cambio, que se manifiesta á todos; pero todavía se le hace mas evidente sirviéndose, por ejemplo, de una aguja fija verticalmente en un pedestal, la que se coloca en tierra de manera que en sus vaivenes vaya la prolongación apendicular del péndulo á rozarse con la punta fija. En ménos de un minuto la exacta coincidencia de los dos puntos deja de reproducirse; y la oscilación se desvia constantemente hácia la izquierda del observador.

El inventor M. Foucault ha hecho numerosos experimentos de su sistema en el observatorio de París á presencia de los hombres científicos y en el Panteon delante del público. Todas las asambleas sábias de Europa se han apresurado á ensayar el aparato de M. Foucault y todas lo han hecho con el mayor éxito.

Segun parece, el inventor debió la primera idea de supénderlo á una observación casi tan sencilla como la caída de la manzana que enseñó á Newton la ley de la gravedad. Parece que acostumbrado á frecuentar las iglesias le llamó la atención la circunstancia de que las lámparas suspendidas del techo, se le presentaban cada vez por un lado diferente, lo cual suponía un movimiento constante. Empeñado en descubrir la causa de este fenómeno, tropezó con su invención, una de las mas notables del año que ha terminado.

Sustitucion de la potencia electro-magnética al vapor.

El sabio profesor anglo americano M. Page ha consagrado largos años de estudio á la solución de este problema, que tanto simplificaría la locomoción por los ferro-carriles. En Washington se ha verificado hace pocos meses un experimento en que el público ha visto funcionar una máquina movida por aquella nueva fuerza. Es verdad que antes de comenzar, el profesor Page anunció al público que se habían roto dos piezas de la batería de que iba á valerse, razon por la cual no podría hacer un ensayo satisfactorio de su aparato. Sin embargo de esto, la locomotriz se puso en movimiento, sin ruido ni sacudimientos y recorrió lentamente una estension de dos ó trescientas varas. Después de una pausa volvió atras, tomó otra vía, avanzó en la dirección de Baltimore y regresó por último al embareadero.

Es imposible desconocer la inmensa importancia de este experimento cuando se piensa que las primeras tentativas hechas para la aplicación del vapor á las locomotrices, no fueron ni con mucho tan satisfactorias. En nuestro concepto este es el acontecimiento científico industrial mas importante que ha ocurrido hace muchos años.

El alcohol aplicado á los caminos de hierro. Otra invención se ha introducido durante el año 1851 en el ferro-carril de los Estados Unidos que conduce al lago Erie. Consiste en usar por combustible el alcohol en vez del carbon

de piedra. La producción del alcohol en aquel país es mucho menos abundosa que la del carbon, y aquel agente da el calor suficiente para producir vapor con todas las condiciones que se requieren.

Descubrimiento de un planeta. El astrónomo Flind de Londres continuó el año pasado sus investigaciones logrando añadir á los planetas *Iris*, *Flora* y *Victoria* que ha descubierto, otro al cual ha puesto el nombre de *Irene* en conmemoración de la Exposición universal y por consejo del célebre Herschell.

El nuevo astro es comparable por su resplandor con una estrella de novena magnitud y se halla colocado entre *Marte* y *Jupiter*. Se le designará en los mapas uranográficos por una paloma coronada de una estrella llevando en la boca una rama de olivo.

ESCENA DE UNA NUEVA COMEDIA DEL SEÑOR BRETON DE LOS HERREROS.

La escena que presentamos aquí á nuestros lectores sacada de la última producción dramática del señor Breton de los Herreros, titulada *Por Poderes*, es un delicado análisis de la coquetería y como tal ha merecido los elogios del público y de la prensa toda de Madrid. Laura discutiendo con su primo don Severo sobre si es coqueta ó no es coqueta, le dice:

... Coqueta es vocablo que tiene dos acepciones. Hay coquetas que poriego orgullo ó loca ambicion, cautivan un corazon para desgarrarlo luego; que quieren fama de bellas adquirir á todo trance, y armar cada dia un lance solo porque se hable de ellas; que se envanezen, se halagan con las almas que corrompen, con los vinculos que rompen y las fortunas que tragan; coquetas, en fin, que el hombre suele llamar de ese modo, porque es mas culto el apodo que su verdadero nombre. Ni esa es, general, mi esfera, ni envidio su infame culto... no me hará usted el insulto de imaginario siquiera. Oh! jamás.

SEVERO.
LAURA.

Peró tambien coquetería se llama el arte con que una dama usa cierto ten con ten...

SEVERO.
LAURA.

¿Cómo? Ese tira y afloja á que el hombre nos precisa, que si cedemos, nos pisa; si resistimos, se enoja. Nuestra mision en la tierra es agrandar al tirano que nos sojuga inhumano: quien piensa esa cosa yerra. Hasta al misero mortal que miramos con desden

queremos parecer bien cuando le tratamos mal. Es don al sexo inherente, y la que en este sentido ose decir yo no he sido, yo no soy coqueta, miente. A falta de iniciativa, porque el hombre la usurpó, el cielo esta arma nos dió ofensiva y defensiva.

Ya con siervos, ya con amos, ya con floros, ya con mimos, llamamos lo que sentimos, decimos lo que callamos. Y aqui no hay contradicción, aunque al parecer la pinto: es un hecho, es un instinto, y quizá una obligación. De amor que goza y no lidia cerca está la sociedad, que no es goce en realidad el que nadie nos envidia.

Y ustedes, ¿no son volubles? ¿Son para el hombre proteo ni de amor ni de himeneo los lazos indisolubles? Mientras la vara se tuerza siempre contra la mujer, ¿fio será justo poner la astucia contra la fuerza? Si á nosotras nos sugiere un poco de veledad la triste necesidad.... ó el cálculo, si se quiere, tal vez por vicio y por gala nos seduce el hombre fuerte, y despues que nos pervierte nos envia noramala; y pues, falso en sus lisonjas cuanto severo en sus fallos, allá inventó los serrallos, y aqui suprime las monjas, no se queje de las tretas con que amargamos sus gustos: no sean ellos injustos y ellas no serán coquetas.

LA CARIDAD.

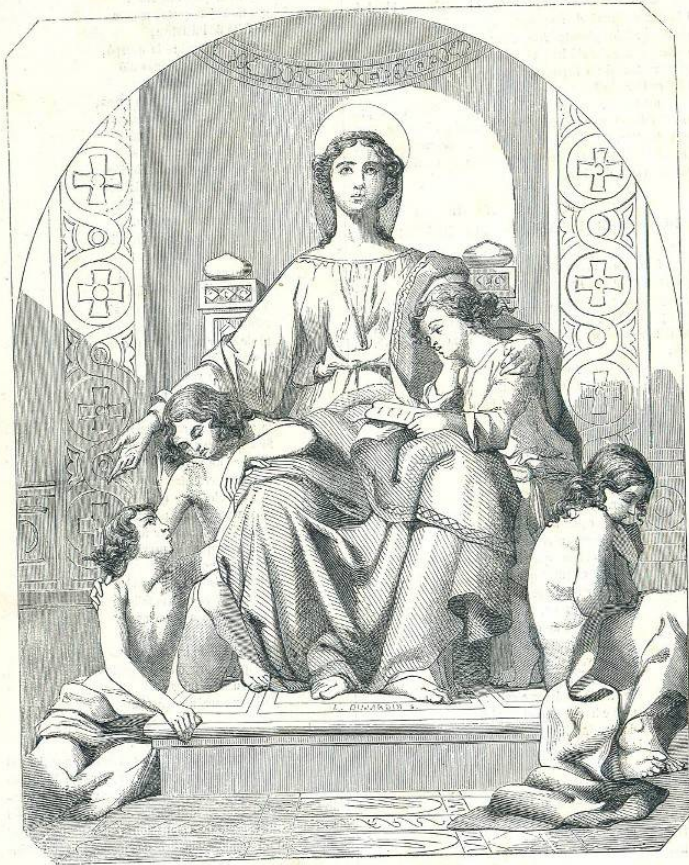
La caridad viene de Dios. Tal es el letrero que tiene el cuadro que se ve representado en nuestra lámina. El artista ha buscado su composición lejos de la idea vulgar que simboliza la caridad solo en la limosna, representándola en su obra como una especie de emanación visible de la bondad divina, como un amplio simplicio destinado á ligar á todos los hombres.

La Caridad se halla en medio de un grupo de criaturas que manifiestan las diferentes acciones que puedan salir de ella. A la izquierda se ve una que la Caridad está instruyendo, y mas abajo hay una niña cubriéndose con el ropaje que le acaba de dar; á la derecha está un niño en cuyo corazon ha hecho penetrar la llama divina de que rebosa el suyo y que atrae hácia sí al huérfano enfermo y abandonado.

Rodeada de estas graciosas personificaciones de la Fraternidad, de la Instrucción y del Pudor, la Caridad alza al

cielo sus ojos y parece mostrarle esa triple expresión de su misión terrestre; devuelve á Dios lo que ha venido de él, murmurando las palabras que Dios dió por ley al mundo: *Anémonos los unos á los otros.*

Todo se halla comprendido en este sublime precepto. La Caridad (*Caritas*) significa Amor. Toda sociedad humana fundada en otro principio lleva en sí misma los gérmenes de su destrucción. El interés es un lazo movedido porque el



La Caridad.—Copia del cuadro de M. Landelle.

interés cambia, la razón, una regla incierta, porque la razón se extravía; los contratos, una débil barrera, porque las pasiones se hallan siempre dispuestas á desgarrar los contratos, solo la Caridad, es decir el Amor, eterniza la unión haciendo indispensable para todos la cadena.

Pero cómo podría mantenerse este Amor sin el manastial eterno de que dimana? Cuando dijo San Juan que la Cari-

dad viene de Dios, quiso decir que un río no puede venir mas que de su nacimiento. Qué otra cosa es en efecto la fraternidad humana sino un beneficio de Aquel que lo ha creado todo? Para poder decir á otro hombre *Hermano mío*, es menester haber dicho antes á Dios *Padre mío*. Él es quien ha establecido el parentesco entre nosotros, y por él nos amamos todos.

PALACIO Y JARDINES DE KENSINGTON.



El palacio de Kensington en Londres.

El palacio de Kensington se halla situado en el barrio mas elegante de Londres, en la estremidad oeste de la población donde se hallan las mas hermosas casas, los parques y los jardines dejando lo demas de la altiva y populosa ciudad casi sin aire ni paseos. Su arquitectura es bastante irregular, no tiene otra cosa de imponente que sus proporciones, y parece protestar, por su aridez, contra los progresos

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

de las artes y de la industria. La hermosura de sus jardines, que confinan con Hyde Park, es la única cosa que puede esplicar el favor con que le honró Guillermo III, cuando le compró al lord canceller Finch. Posteriormente, la reina Maria y la reina Ana, hicieron allí numerosos plantíos, y ensancharon los paseos, que veinticinco años despues la reina Carolina, mujer de Jorge II, hizo dibujar de

13

nuevo bajo su dirección, por un pintor, un arquitecto y un jardinero. Hacia la misma época, Ken pintó la escalera principal y los techos de muchos salones. Los aposentos se hallan adornados de cuadros de valor y de retratos de grandes maestros. El 29 de noviembre de 1836 un terrible huracán devastó los jardines arrancando de raíz ciento treinta y dos árboles. Este paseo tiene seis puertas, de las cuales cuatro dan a Hyde Park, y uno pueden entrar allí los criados con librea ni los perros.

Los reyes que mostraron mas predilección por esta residencia fueron Jorge II y su mujer. Si los aposentos, mudos testigos de nuestra vida íntima, pudiesen guardar un eco del pasado, los muros de ese palacio resonarían con las estrepitosas carejadas, los gritos de cólera, y el tono testarudo de aquel monarca que sin haber perdido su naturaleza alemana en el trono de Inglaterra, reunía la pesadez y la obstinación tedesca, con las pretensiones de galantería y ligereza francesa del siglo XVIII. Buen hombre en el fondo y no careciendo de sensatez ni de valor, Jorge II tuvo la dicha de haber hallado en la reina Carolina un consejero de un talento superior, de un tacto delicado y de una paciencia incansable. Secundada por sir Roberto Walpole, el mas recto y dichoso de todos los ministros ingleses, logró hacer de su marido un hombre muy notable, ó al menos supo contribuir eficazmente a la prosperidad de su reinado. Las memorias de aquella época dicen que ella gobernaba al rey, como los sacerdotes del paganismo gobernaban á sus ídolos, cuando prosternados delante del altar, recojan en su oráculo, con todas las apariencias de un ferviente respeto, los órdenes que habían dictado secretamente. El rey ignoraba hasta tal punto este poder oculto de la reina, que enumerando un día los que habían reinado en tiempo de sus predecesores dijo: « Carlos I fué gobernado por su mujer, Carlos I por sus favoritos, el rey Jacobo por sus sacerdotes, el rey Guillermo por sus partidarios, la reina Ana por sus mujeres, y mi padre (Jorge I) por todos los que podían llegar á él. » Y luego volviéndose con un aire satisfecho y triunfante hacia los que le oían, añadió, sonriendo: « Y quién es quien gobierna hoy? » Ay! la misma reina no gobernaba sola. Muchas veces se deshacía en combinaciones ingeniosas en beneficio de la política del ministro Walpole, y por este sufría todos los días una conversación de siete horas con el rey, diciéndole lo que no pensaba, y alabando todo aquello que desaprobaba en su interior; porque rara vez se hallaban acordes en nada, y Jorge II era demasiado testarudo para que ella se atreviese á chocar con él de frente.

Debemos añadir también que la reina Carolina no empleó la influencia que conservó hasta su muerte sino en beneficio de su real esposo y de la Inglaterra. Si algunas de sus camareras sacaron un provecho particular de sus favores, la reina no fué nunca cómplice de estas bajezas. Horacio Walpole cuenta sobre este punto en sus *Reminiscencias* la singular anécdota siguiente:

« Lady Sundon acaba de morir, después de haber sido la favorita de la reina, que sin embargo afectaba despreciarla, atribuyéndose su influencia á un secreto que había sorprendido. Yo dije á lady Pomfret: « Ha debido morir muy rica, ¿lo que esta me contestó con presteza: « Nunca tomó dinero. » Al volver á casa repetí este dicho á mi padre (sir Roberto Walpole), el cual me respondió: « Es verdad, pero tomaba alhajadas. » Lord Pomfret la pagó su empleo con un par de pendientes de diamantes que valían mil cuatrocientos lises. Me acuerdo que un día los llevaba yendo de visita á casa de la anciana duquesa de Malborough, que cuando ella salió, dijo

á lady Montagne: « Se ha visto una impudencia mayor que la de esa mujer que se presenta con semejante *propina* en las orejas? — Y cómo se ha de saber donde se vende vino sin la muestra? » respondió lady Mary. »

« Sir Roberto contaba también que en la embriaguez de su vanidad, lady Sundon le había propuesto que se reuniera á ella para gobernar el reino. Sir Roberto la hizo un profundo saludo, asegurándola que no conocía á nadie mas capaz de reinar que al rey y á la reina. »

« A la muerte de mi madre, que era de la edad de la reina, continúa Horacio Walpole. Su Magestad hizo á mi padre muchas preguntas, y notó que insistía particularmente en los resultados peligrosos de una hernia, aunque no hubiese nada de común entre esta enfermedad y la que había padecido mi madre. Al volver á casa me dijo: « Ahora sé cuál es el secreto que le ha valido á lady Sundon su poderoso ascendiente. » Y no se engañaba; la reina Carolina murió en 1737 de una hernia rebentada, cuyos progresos había ocultado con el mayor cuidado. Nadie, ni aun en la misma familia, sospechó la naturaleza de aquel mal, atribuyendo todos sus padecimientos á la gota que había combatido varias veces con baños fríos, arriesgando su vida á fin de no interrumpir sus paseos con el rey; unos aseguran que murió en Hampton-Court, y otros dicen que espiró en Kensington, donde había ido á pasar algunos días. »

Estimable y majestuosa figura nos seguía bajo las sombras de Kensington plantadas por ella misma, en las arboledas que tantas veces recorrió, y que se reflejan en los espejos del palacio, lleno por todas partes de su recuerdo.

REVELACIONES ASTRONOMICAS.

M. Alejandro de Humboldt ha hecho una revelacion importantísima en una de las sesiones celebradas en la academia de ciencias de Berlín, acerca de los movimientos que de resultados de una ilusión óptica parece que realizan ciertas estrellas fijas.

El 17 de enero del pasado año se observó en Trieste entre las siete y las ocho de la noche, que la estrella Sirio, la cual se hallaba entonces poco lejana del horizonte, parecía que se iba elevando por grados, volvía á descender, se dirigía unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda describiendo á menudo una línea curva. Los observadores eran un estudiante llamado Kenne y un guarnicionero, personas ambas del mayor crédito. La familia del último también se hallaba presente á la aparición del fenómeno.

El estudiante Kenne, que apoyada la cabeza contra una pared permanecía completamente inmóvil, creyó ver claramente elevarse la estrella Sirio en línea recta por encima del tejado de una casa, volver á descender rápidamente, y ocultarse un momento á su vista para volver á aparecer de nuevo. Dichos movimientos aparecieron recorriendo una estension tan grande, que los espectadores creyeron en un principio que el punto luminoso que veían agitarse era un farol colgado de un cometa. La brillantez de la estrella variaba tanto como su posición, pues algunas veces llegó á ser casi imperceptible, á pesar de hallarse la atmósfera completamente serena.

Semejante extraño fenómeno no ha sido único en su género, pues se ha aparecido dos veces en el mismo punto; la una á Humboldt, y cincuenta años después al príncipe Adalberto de Prusia.

Hé aquí como describe Humboldt la observacion que hizo en su última obra publicada: (*Cosmos, cap. 3, párrafo 65.*)

« Hallábase el 22 de junio de 1799 en la vertiente del Pico de Tenerife en Malpays, pocos momentos antes de la salida del sol, y á una altura de cerca de 3.475 metros sobre el nivel del mar. A la simple vista observé que las estrellas mas bajas se agitaban en apariencia á impulsos de un movimiento en extremo extraño. Algunos puntos brillantes parecía que se elevaban á veces por los aires, luego oscilaban y volvían por último á ocupar su primitivo puesto. El fenómeno duró tan solo siete ú ocho minutos y cesó un largo rato antes de la aparición del sol por el horizonte de la mar. Con el auxilio de un anteojos se percibía claramente todo, y cuanto mas observé mas me persuadí de que eran las mismas estrellas las que se movían. »

En su viaje á las regiones equinociales, tomo primero, párrafo 125, se espresa así dicho sabio sobre el mismo asunto: « Cualquiera creeria que eran pequeños cohetes lanzados al aire. Algunos puntos luminosos elevados á la altura de unos 7 á 8 grados, parecía que se agitaban primeramente en una direccion vertical, y después oscilaban en direccion completamente horizontal. Dichos puntos luminosos eran las imágenes de varias estrellas que habían aumentado de tamaño en apariencia por la interposicion de los vapores de la atmósfera. »

Deberán atribuirse semejantes refracciones á la refraccion lateral sobre que tan acaloradas discusiones se han suscitado? Existirá alguna analogia entre las variaciones ondulatorias que la parte vertical del sol presenta en su aspecto varias veces al verificarse la salida de dicho astro, y las oscilaciones polares que Carlini ha observado en tantas y tan repetidas ocasiones?

De cualquier modo que sea, no es extraño que los movimientos observados aparezcan mayores cuanto mas próximo se halla el observador del horizonte en que se notan, á consecuencia del fenómeno familiar de la ilusión óptica.

De desear seria, pues, que los viajeros que acuden al Pico de Tenerife provistos de instrumentos astronómicos, no desdefiasen una observacion mas detallada del fenómeno de que nos hemos ocupado.

LOS DIEZ TRABAJADORES DE LA VIEJA AGUA-VERDE.

Ya han principiado las veladas de invierno en la granja de Guillermo. Después del trabajo cotidiano toda la familia se reúne en torno de la lumbre, acudiendo tambien algunos vecinos porque en esos solitarios valles de los Vosges, las habitaciones son bastante raras, por lo cual ya veindad constituye una especie de parentesco.

Allí, alrededor de la lumbre, se establecen y se estrechan las amistades. El suave calor de la chimenea, la alegría de la reunion y de la palabra, traen consigo las confidencias; los corazones se abren sin sentir y se forman en común mil proyectos.

Algunas veces viene el tio Prudencio á la velada, no obstante que vive lejos, y entonces hay en la granja una verdadera fiesta, porque el tio Prudencio sabe mas cuentos que todos los habitantes de la montaña. No solo tiene en la memoria todo lo que han contado los abuelos, sino tambien lo que dicen los libros. Sabe el origen de todas las casas antiguas y la historia de todas las familias, con los nombres de las grandes piedras cubiertas de musgo que se alzan en las alturas en forma de columnas ó de altares, en una palabra es la tradicion viva de aquella comarca.

Ademas es un hombre entendido, y habiendo aprendido

á leer en los corazones, muy raro es que no descubra la causa del mal que puede atormentarlos. Otros conocen remedios para las enfermedades físicas; el viejo campesino sabe algunos para las enfermedades morales.

Esta es la primera vez, después de año nuevo, que el tio Guillermo se presenta en la granja, y todo el mundo lanza al verle un grito de alegría. Se le deja el mejor puesto cerca de la lumbre, formando circulo en torno suyo: Guillermo coge su pipa y se sienta enfrente. El tio Prudencio se informa detenidamente de todas las personas y de todas las cosas. Pregunta cómo va la simiente, y si han crecido mucho los últimos pollos. La jóven ama le responde á todo con distraccion, porque la hermosa Marta piensa muy á menudo en el lugar donde ha sido criada, acordándose de los bailes en la pradera, de los paseos por los trigos con las jóvenes risueñas que iban cojiendo flores en los cercados, y de las largas conversaciones en la fuente. Por eso Marta se queda á veces con los brazos colgando y la cabeza baja meditando en lo pasado.

Tambien esta misma noche, en tanto que trabajan las demas mujeres, ella está sentada delante de su torno parado: la rueca está cargada de lino á su cintura, y sus distraidos dedos juegan con el pedazo de hilo que cuelga de sus rodillas.

El tio Prudencio lo ha observado con sus sagaces ojos, y sin decir palabra, porque sabe que los consejos son como las medicinas amargas que se dan á los niños: para que las tomen hay que saber escoger el medio y el momento.

Sin embargo la familia y los vecinos le rodean diciéndole:

— Un cuento, un cuento, tio Prudencio.

El campesino se sonríe y lanzando una mirada á Marta que continúa bologando, responde:

— Con que siempre tenemos lo mismo? voy pues á complacerlos. La última vez os hablé de aquellos cuentos que los ejércitos de los paganos desolaban nuestras montañas, aquello era para los hombres; hoy voy á hablar con los niños y con las mujeres: entonces nos ocupamos de Cesar; ahora vamos á pasar á la vieja *Agua-Verde*.

Todo el mundo soltó una carejada; cada cual se acomodó en su puesto, Guillermo volvió á encender su pipa, y el tio Prudencio empezó su narracion en estos términos:

Este no es un cuento de nodriza, hijos míos, es una verdadera historia, porque la aventura sucedió á nuestra abuela Carlota, que Guillermo ha conocido y que era una mujer de mucho ánimo.

La abuela Carlota había sido jóven tambien en su tiempo, lo que parecía increíble cuando se veian sus canas y su nariz engarabada siempre en conversacion con su barba; pero los de su época decian que no había habido muchacha mas guapa y alegre en la comarca.

Desgraciadamente Carlota se había quedado sola con su padre, á la cabeza de una hacienda con mas deudas que rentas, tanto que la pobre jóven, que no había tenido nunca semejantes cuidados llegó á desfallecer y no hacía nada pensando en querer hacerlo todo á un tiempo.

Un día pues que estaba sentada á la puerta con las manos en el delantal como una señora que tiene sabañones, principió á reflexionar de esta manera:

— Dios me perdona, pero ningun cristiano ha tenido nunca una tarea como la que yo tengo. A mi edad, sola, y con tantos cuidados! Aunque cuando fuera mas diligente que el sol, mas pronta que el agua y mas fuerte que el fuego, no podría dar abasto á todo lo que hay que hacer en casa

Ah! porqué no vive aun la célebre vieja Agua-Verde, ó porqué no la llamaron á mi bautismo? Si pudiese oírme y quisiera socorrerme, acaso saldríamos, yo de tantos cuidados, y mi padre del mal estado en que se halla.

— Pues alégrate, que aquí estoy! interrumpió una voz.

Y Carlota vió delante de sí á la vieja Agua-Verde que la miraba apoyada en su cayado.

Al pronto la jóven tuvo miedo porque la vieja llevaba un vestido que no se usaba en aquellos contornos; todo él consistía en un pellejo de rana cuya cabeza la servía de capucha,

y estaba tan fea con su vejez y sus arrugas, que aunque hubiera tenido un millón de dote no habría podido encontrar un esposo.

Sin embargo, Carlota hubo de sosegarle lo bastante para preguntar á la vieja Agua-Verde con voz un poco trémula, pero con política, si tenía algo que mandarla.

— Al contrario, vengo á que me mandes tú, replicó la vieja; he oído que te quejabas, y te traigo un remedio para salir de apuros.

— Ah! Hablais formalmente, buena anciana? exclamó Car-



Una cocina en los Vosges. — Dibujo de Valentia.

lota, familiarizándose con ella al punto; me traéis un pedazo de vuestra varita de virtudes para que el trabajo se me haga fácil?

— Te traigo otra cosa mejor, respondió la vieja; te traigo diez trabajadores que ejecutarán cuanto les mandes.

— Y en dónde están? exclamó la jóven.

— Voy á enseñártelos.

Y al decir esto abrió su manto y salieron diez enanos de tamaños desiguales.

Los dos primeros eran muy cortos, pero muy anchos y robustos.

— Estos, la dijo, son los mas vigorosos; ellos te ayudarán en toda clase de trabajo dándote en fuerza la destreza que les falta. Estos que les siguen son mas grandes y diestros; saben ordeñar, hilar el cáñamo y los demas quehaceres de

la casa. Sus hermanos que ves aquí tan altos, son muy hábiles para manejar la aguja, como lo prueba el dedalito de cobre que llevan por montera. Estos otros dos que llevan por cinturón una sortija, no podrán ayudarte á otra cosa mas que al trabajo general, así como los últimos que están llenos de buena voluntad y de buenos deseos. Apuesto á que los diez te parecen poca cosa, pero vas á verlos trabajar para que juzgues.

Al decir esto, la vieja hizo una señal, y los diez enanos dieron un salto. Carlota los vió ejecutar sucesivamente desde el trabajo mas duro hasta el mas delicado, disponiéndolo y arreglándolo todo. Loca de contento lanzó un grito y estendiendo los brazos hacia la vieja exclamó:

— Ah! si me prestais esos diez trabajadores, no pido nada mas al Hacedor del mundo.

— No te los presto, te los doy, replicó la vieja; únicamente, como no podrías llevarlos contigo cuando vas á cualquier parte sin que te acusaran de brujería, los mandaré que se hagan mas pequeños y que se oculten en tus diez dedos.

Cuando esto se efectuó, la vieja Agua-Verde continuó:

— Ahora sabes qué tesoro posees; todo ya depende de tí. Si no sabes gobernar á tus pequeños criados, si los dejas entorpecidos en la holganza, no sacarás de ellos partido ninguno; pero dales una buena direccion, para que no se duerman, no dejes nunca tus dedos ociosos, y el trabajo que tanto te espantaba se hará como por encanto.

La vieja había dicho la verdad, y vuestra abuela que siguió sus consejos, logró no solo restablecer su hacienda, sino tambien ganar una dote á cuyo beneficio se casó decentemente, y que la sirvió para educar ocho hijos que tuvo en su matrimonio. Desde entónces es una tradicion entre nosotros que la abuela trasmitió los diez trabajadores de la vieja Agua-Verde á todas las mujeres de la familia, y que á poco que estas ayuden, los pequeños trabajadores se ponen en movimiento, y por eso tenemos entre nosotros la costumbre de decir que en los diez dedos del ama se hallan la prosperidad, la alegría y el bienestar de la casa.

Al pronunciar estas últimas palabras, el tío Prudencio se volvió hacia Maria. La jóven se puso encarnada, bajo los ojos y alzó su ruca.

Guillermo y su primo se miraron.

Toda la familia silenciosa reflexionaba en la historia del tío Prudencio. Cada cual trataba de penetrar su sentido, aplicándose á sí mismo, pero la buena labradora habia comprendido la leccion que se le daba, porque la alegría habia vuelto á su rostro, el torno se movía rápidamente, y desaparecía el lino de la ruca.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 34, 45, 53, 62, 66, 71, 82 y 90.)

La tradicion dice tambien que en esa cueva ocultaron mis antepasados sus riquezas; quizá hay allí bastante oro para levantar de nuevo nuestra fortuna; pero ese subterráneo que habia descubierto la indigna Berta al señor de Stoffels, nadie sabe ahora en donde está... Hermann fué el último que lo supo; pero sitiado en el castillo en 95, y luego llevado á Francia, prisionero, no ha podido transmitir á mis padres ni á mis tíos ninguna noticia sobre este asunto; sin embargo, envié á decir verbalmente « que se tuviera cuidado con las cigüeñas del Steinberg. » Mucho tiempo busqué mi padre el sentido de este aviso que á su vez tambien me transmitió, y por eso... pero paciencia, paciencia!

Y al decir esto mostraba su puño cerrado á un enemigo invisible rechinando los dientes, y luego dijo á Magdalena: — Continúa.

— No me atrevia á hablar del Camino de la Huida en vuestra presencia, repuso tímidamente la buena anciana, porque sé lo que vale para los señores del Steinberg este secreto... Por ese subterráneo se introducía el hermoso Escudero para ver á la señorita Berta de Steinberg, hasta que una mujer del castillo entero al baron Manuel de lo que pasaba con su hija. Berta era bien culpable, porque habia en-

señado á los eternos enemigos de su familia una cosa que comprometía la seguridad del castillo y de sus habitantes. Sin embargo, como el baron adoraba á su hija la preguntó si amaba al señor de Stoffels. Quizá, en su cariño paternal, alimentaba la idea de perdonarla si rescataba su falta con una confesion sincera, pero Berta conociendo los obstáculos insuperables que se oponian á su union con su amante, tuvo valor para disimular la verdad. En vano la rogó su padre de mil modos; juró mil veces que el hermoso Escudero la era tan odioso como todos los caballeros de su linaje. El baron no dijo nada, pero tomó sus medidas, y la noche siguiente sorprendió al señor de Stoffels en el cuarto de la imprudente jóven...

— Y cómo se vengó? preguntó Willemina interesada á pesar suyo en el desenlace de esta historia.

— Yo os lo diré, hermana mia, interrumpió el mayor; nuestro abuelo llamó á un fiel servidor de la casa, un hombre callado hasta la muerte, como quien dijera Fritz Reutner; llevaron á Berta y al hermoso Escudero al subterráneo de que hicieron tan culpable uso, y les encerraron en él... los dos amantes se murieron de hambre... algun tiempo despues se encontraron sus esqueletos descarnados...

Willemina lanzó un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. Magdalena tambien se hallaba en el colmo del espanto.

— Con que el baron Manuel fué tan cruel? balbuceó Willemina atemorizada.

Enrique aparentó no haberla oído; se levantó y se puso á andar por el aposento.

— Si, sí, decía como hablando consigo mismo; así se vengaban en otros tiempos; así me habria yo debido vengar tambien... y porque no lo he hecho me ha abandonado Dios entregándome al demonio. La familia de Steinberg se ha cubierto de oprobio, de ruina y de vergüenza! Satan, añádió volviéndose hacia la puerta que estaba entornada; dame una venganza semejante á la del baron Manuel, y tendrás en cambio mi alma.

Al decir esto se detuvo como quien espera una respuesta; un instante despues una sardónica sonrisa asomó á sus labios.

— Satan no quiere porque la tendrá por nada... Y luego dirigiéndose á las dos mujeres que estaban petrificadas de espanto, añádió: ya es tarde, separaos... Magdalena Reutner, deja á esa jóven sola para que medite en las desgracias, que ha traído á nuestra casa... y tú vuelve á tu cuarto trata de rezar si puedes...

— Señor baron, me habia propuesto pasar una noche mas al lado de Willemina...

— Te digo que te vayas.

Magdalena me insistió, con tanto mas motivo cuanto que vió al baron que se disponia tambien á marcharse. Sin embargo, se inclinó al oído de Willemina, y la dijo:

— No tengais cuidado, Fritz Reutner no le perderá de vista hasta que se ausente. Adios, no hay que desobedecerle, porque eso le irritaria mas.

Y dicho esto se adelantó hacia la puerta, volviéndose á cada paso. El baron en pié delante de Willemina, la miraba con ojos chispeantes. De repente alzó su escopeta como si hubiese concebido el designio de apuntarla con ella. Willemina estuvo á punto de lanzar un grito... pero al instante Enrique bajó su arma, se acercó á la jóven y la dió un beso en la frente diciéndola con un acento dulce y afectuoso:

— Buenas noches, hermanita mia.

Y salió con tanta presteza que Whilemina no tuvo tiempo para volver en sí, y devolverle su fraternal salud.

Ya sola en el aposento, oyó algunos instantes después los pasos desiguales del mayor que subía por la tortuosa escalera de la torre, y las ligeras pisadas de Magdalena que se volvía a su cuarto, después de lo cual Whilemina cayó en un profundo abatimiento.

Debilitada por los padecimientos físicos estaba á punto de sucumbir bajo el peso de tantos males.

Llena su imaginación con los recuerdos de unos sucesos en que la realidad y lo maravilloso se confundían tanto, evocaba extrañas y sombrías imágenes...

Todo lo que la rodeaba debía contribuir también á aumentar estos terrores; el silencio mas profundo reinaba en el castillo; la lámpara arrojaba una luz pálida y siniestra en torno de ella; y los antiguos muebles reclinaban ó gemían sin causa aparente, y los desgarrados tapices se agitaban con el viento.

Las misteriosas palabras de su hermano, las historias lúgubres que había oído últimamente, poblaban su soledad de espantosos fantasmas. Largo tiempo permaneció presa de estas visiones, que trataba de ahuyentar y que volvían á ella incesantemente.

Apénas se atrevía á enjugar las gotas de sudor frío que inundaban su frente, y se estremecía con los movimientos de su sombra sobre la pared.

Por fin trató de dominar sus terrores, y se arrodilló para hacer sus oraciones.

El mismo silencio seguía reinando en el Steinberg; únicamente se oían por intervalos algunos gritos ahogados que parecían gemidos.

Whilemina creía distinguir la voz de su hermano hablando con el espíritu de las tinieblas; en vano trataba de elevar á Dios sus pensamientos; el terror la tenía clavada á la tierra.

De repente se levantó y aplicó el oído: un ruido sordo, singular, pero continuo y muy distinto resonaba á su lado, parecido á una socavacion ó trabajo subterráneo.

Unas veces este ruido se oía en el techo de madera, y otras bajo las losas de piedra; por momentos parecía salir de la goleta chimenea donde silbaba el viento, y luego resonaba por detras del cuadro ante el cual estaba arrodillada.

En la situación de ánimo en que estaba la joven se pue de comprender que concibiera ideas supersticiosas.

— Oh, Dios mio! dijo alzando las manos hácia el cielo, habéis permitido al espíritu maligno que atormenta así á las criaturas humanas?

Sin embargo, el ruido se iba acercando mas y mas hasta que al cabo pareció fijarse en la maciza chimenea que parecía que iba á venir á tierra: Whilemina loca de espanto con los cabellos erizados, los brazos extendidos, esperaba lo que iba á pasar sumergida en angustias mortales.

XXIII.

Volvamos ahora á la posada de la aldea en donde hemos dejado á Frantz entre Ritter y sus alguaciles.

Su resistencia fué corta, porque conocía que era inútil; así, pues, se dejó arrastrar al comedor, en donde se hallaba ya Alberto Schwartz preso tambien.

Alberto sentado entre dos hombres de la policia encargados de vigilarle, fumaba filosóficamente en su pipa, sin manifestar enfado ni descontento.

Frantz por el contrario estuvo á punto de abandonarse á la desesperacion por haber sido preso en un momento en que su libertad le era tan preciosa.

Los buenos tratamientos de Ritter y de sus gentes en cuanto no opuso ya ninguna resistencia, le persuadieron de que le habían reconocido; iban á llevarle á su irritado padre, volviéndole á poner bajo la autoridad de su hermano altanero y celoso.

Sin embargo, al notar que tambien Alberto estaba preso, comprendió que acaso se podría sacar algun partido de aquel error que se había cometido.

— Qué significa esto, señores? preguntó con dignidad cuando llegó en medio de la sala. Qué crimen he cometido?

— Pronto sabremos si nos hemos engañado, caballero, dijo Ritter, desplegando un papel que llevaba en la mano; pero esta vez no me dejaré engañar por nadie... Si el conde Sigismundo Müller estuviese aquí tambien le prendería hasta saber quién de vosotros es el conde Federico de Hohenzollern.

Una secreta esperanza penetró en el corazón de Frantz, porque Ritter estaba menos instruido que lo que él se había figurado; el gran peligro que corría le devolvió su presencia de espíritu.

— Y aun cuando lo supiéscis, contestó, con qué derecho...

— Mi derecho es evidente, caballero, dijo el sumiller consultando el papel que tenía en la mano, aquí tengo una orden del gran duque de Baden, á petición de S. A. el príncipe de Hohenzollern mi soberano, autorizándome para prender al conde Federico de Hohenzollern.

— Y que tenemos que ver mi amigo y yo...

— Os daré algunas explicaciones, respondió el sumiller, y el conde Federico me agradecerá mi condescendencia. Estaba en Baden esperando el resultado de las promesas de vuestro amigo Sigismundo, cuando recibí una carta de un antiguo criado de la casa Hohenzollern, que se halla en la actualidad en Heidelberg, en la cual me decía que estaba seguro de haber reconocido hace algunos meses al joven conde Federico entre los estudiantes de aquella universidad, y me daba las señas de la casa en que allí vivía. La carta era ya atrasada, porque fué dirigida á la residencia de Hohenzollern, de donde ha venido á mis manos... Por otra parte como principiaba á desconfiarme un poco de Sigismundo, me resolví á pasar á Heidelberg enseguida, y al instante me fui á la casa indicada, pero me dijeron que los tres estudiantes que allí vivían se hallaban á la sazón ausentes. Pregunté cómo se llamaban y me dijeron vuestros nombres... de modo que uno de vosotros tres es el conde Federico de Hohenzollern: cuál de los tres? lo ignoro, pero gracias á las señas que traigo aquí podré conocer fácilmente al hijo de mi augusto soberano.

Y al mismo tiempo se puso á leer con atención el papel que llevaba en la mano: *Ojos azules*, exclamo examinando alternativamente el papel y el rostro de Alberto que continuaba fumando, sumergido en un deshecho silencio; *barba rubia*; me parece un poco roja, pero la edad y luego los cuidados pueden haber producido un cambio de color...

En tanto que el sumiller decía estas palabras, el verdadero Federico de Hohenzollern tuvo una idea luminosa; sus señas, puestas sin duda con la inexactitud que se ponen siempre podían aplicarse en rigor tanto á él como á su compañero, y la susitucion era muy fácil porque Ritter parecia muy dispuesto á reconocer á Alberto por el hijo de su soberano. De este modo, Frantz impelido por el deseo de volar

al socorro de Whilemina se apresuró á sacar partido de esta circunstancia, y acercándose al estudiante le dijo con un acento de respetuosa melancolía:

— Amigo mio, es inútil disimularlo mas; la sagacidad del caballero Ritter lo ha descubierta todo.

Alberto Schwartz se tragó el humo de su pipa y estuvo á punto de ahogarse.

— Qué pretendéis de mí? exclamó tosiendo fuertemente.

XXIV.

— No tratéis de negarlo, señor conde, exclamó alegremente Ritter levantándose; aun cuando estas señas no convienen perfectamente á vuestra persona, en la nobleza de vuestros ademanes se conoce vuestro ilustre nacimiento. Por fin he logrado lo que tanto anhelaba... Dispensadme, señor conde, el penoso deber que me está encomendado.

Alberto le miraba con ojos fijos sin decir una palabra. Por fin se volvió hácia su compañero; Frantz estaba tan serio que era imposible suponer una chanza.

— Me vais á volver loco, exclamó el estudiante, con que ya no soy Alberto Schwartz, etc...

— Sois el conde Federico de Hohenzollern, replicó Frantz con mucha sangre fría, y la prueba es « que hay que estar siempre alerta porque nadie sabe cuando vendrán el día y la hora. »

Estas palabras sacramentales calmaron al punto la cólera de Alberto.

— Otra prueba! otra prueba mas! dijo entre dientes; estas son mas inconcebibles que las otras...

Frantz le observaba con curiosidad.

— Pues bien, repuso Schwartz después de una pausa, volviéndose hácia Ritter; y si fuese el sujeto de quien habláis, qué me querriais?

— Ya lo ha confesado! exclamó el sumiller con ademán triunfante.

— Os preguntó, repuso Schwartz, que es lo que hariais conmigo si fuese el conde Federico de Hohenzollern?

— Mi conducta depende de vos mismo, señor conde. Si queréis condescender con las voluntades de S. A. vuestro augusto padre, y de vuestro señor hermano, os llevaré á Munster con todos los honores debidos á vuestro rango. En el caso contrario os llevaré á la Residencia, severamente guardado...

— Vaya al diablo la Residencia! exclamó el estudiante haciendo un gesto; pero qué haré en Munster?

— Entraréis en una casa religiosa para ser canónigo, según lo desea vuestra familia, y según las tradiciones de vuestra casa.

— Canónigo! murmuró el estudiante pensativo; no me gusta eso mucho, pero en fin vaya por la canonía! Caballero Ritter, añadió en alta voz, vuelvo á tomar mi título y rango, ya os lo advierto.

Frantz no atreviéndose á esperar un éxito tan completo, apretó furtivamente la mano de su camarada. El sumiller no cabía en sí de alegría.

— Viajaremos en silla de posta como grandes señores, continuó Schwartz en el colmo del entusiasmo; pero entretanto que preparen una buena cena, quiero una cena espléndida con buenos vinos; y que coman y beban bien esas buenas gentes que os acompañan...

Mientras Alberto desatinaba de este modo, Frantz retirado

en su rincón, permanecía sumergido en sus reflexiones. Las palabras de su camarada no le habían arrancado una sonrisa. Sin embargo, un instante después, se acercó á Ritter y le dijo con un poco de ironía.

— Ahora estoy libre, y puedo ir adonde me parezca?...

— Sin duda ninguna, dijo el sumiller con aire desdenoso. Dejadle pasar, señores, añadió dirigiéndose á los alguaciles; no habla con él la orden del gran duque...

Frantz saludó y quiso salir, pero Alberto le detuvo familiarmente.

La oscuridad que principiaba á esparcirse en el comedor impedia que se viesen las facciones del verdadero Federico de Hohenzollern; sin embargo, este respondió políticamente que la debilidad que le quedaba aun de su enfermedad reciente, le obligaba á retirarse al punto.

— Eso hasta, dijo Ritter en tono de chanza, el conde Federico debe saber lo que quiere decir la escusa... tendrá que hacer alguna visita esta noche á la hermana de ese pobre mayor... En verdad, no sé donde tenía la cabeza queriéndome constituir en rival del señor Frantz. Pero acaso se han vencido ya las dificultades relativas á ese matrimonio; entre un estudiante hijo de artesanos, y la hermana de un noble arruinado, la distancia no es grande.

Al oír estas palabras, Frantz estuvo á punto de indignarse. Sin embargo se contuvo y balbuceó algunas palabras que no llegaron á oídos del sumiller. En este mismo instante, Alberto se acercó á Frantz y le dijo en voz baja:

— Qué tal? desempeño bien mi papel de príncipe?

— Perfectamente; pero... *prudens esto*.

— Comprendo. Lo que es esta prueba no es muy fastidiosa, con tal de que no me traiga luego algun inconveniente.

— Nada temáis; el verdadero conde de Hohenzollern no vendrá á reclamar su título y su nombre.

Y al decir esto salió al punto del comedor.

Alberto, tranquilo sobre este punto, elevó su voz de nuevo, y bien luego la posada toda estuvo en movimiento para obedecer á sus estravagantes órdenes.

(Se continuará.)

DIETRICH.

Cristian Guillermo Ernesto Dietrich es uno de los pintores menos y peor conocidos en la historia del arte. Por nuestra parte nos apresuráramos á añadir que no merece salir del olvido si no hubiésemos visto de él mas que el único cuadro que posee el Louvre donde el magnífico asunto del Cristo y de la mujer adúltera está tratado de un modo tan vulgar, pero habiendo tenido ocasion de ver últimamente en Louvain, en el célebre gabinete de M. Vanden-Schrieck, dos cuadros mas de este artista, debemos rectificar un tanto esa opinion. Las dos composiciones que posee el aficionado belga, son en efecto dos cuadros que prueban que Dietrich era un hombre de talento. Uno de ellos representa *el Charlatan* y se asemeja á un Ostade lamido; el otro es un paisaje de parque con estatuas y una fuente adornada con figuras; se ven una porción de señoras y caballeros unos bailando y otros conversando sentados; es un cuadro de Watteau menos la chispa, la viveza del color, y la gracia inimitable de las fisonomías.

De lo dicho se deduce que Dietrich podía imitar de un

modo muy notable á dos hombres tan diferentes uno de otro en el mundo del arte como Ostade y Watteau, por lo cual no pudo alcanzar nunca un estilo personal y distintivo. También imitaba á la perfección una porción de maestros secundarios. Su talento, mas flexible que elevado, se prestaba á todos los géneros de pintura, y así de las grandes páginas de la historia, de los asuntos mas serios, pasaba á los paisajes, á los cuadros de animales, y á pequeñas escenas graciosas, y todo sin esfuerzos y sin que nadie tuviera que

decirle que se hallaba mas familiar con un género que con otro. También solía hacer imitaciones de los grandes maestros, sin copiarlos nunca, y á veces salía con su empeño de un modo admirable. El grabado que damos con este artículo es uno de los mejores ejemplos que podríamos citar: *el Amolador* y *el Zapatero* es un verdadero Ostade, y si no se leyese el nombre de Dietrich debajo de la estampa que reproduce esta composición, se podría atribuir muy bien esta hermosa obra al pintor de que hablamos.



Dietrich.—El Amolador y el Zapatero.

Los historiadores del arte dicen que cuando Dietrich ha querido hacer algo suyo, ha pintado también cuadros del mayor interés, en los que se veían juntos un estilo tan hermoso como franco y una increíble variedad y gracia. Sus paisajes tan pronto presentan vistas de Sajonia perfectamente escogidas y adornadas de antiguos palacios de variados colores de los cuales sabía sacar el mejor partido, como manifiestan asuntos de pura imaginación, rocós de hermosa forma y cascadas con interesantes detalles.

Dietrich grabó también al agua fuerte, con mucho primor y gracia, una serie de paisajes.

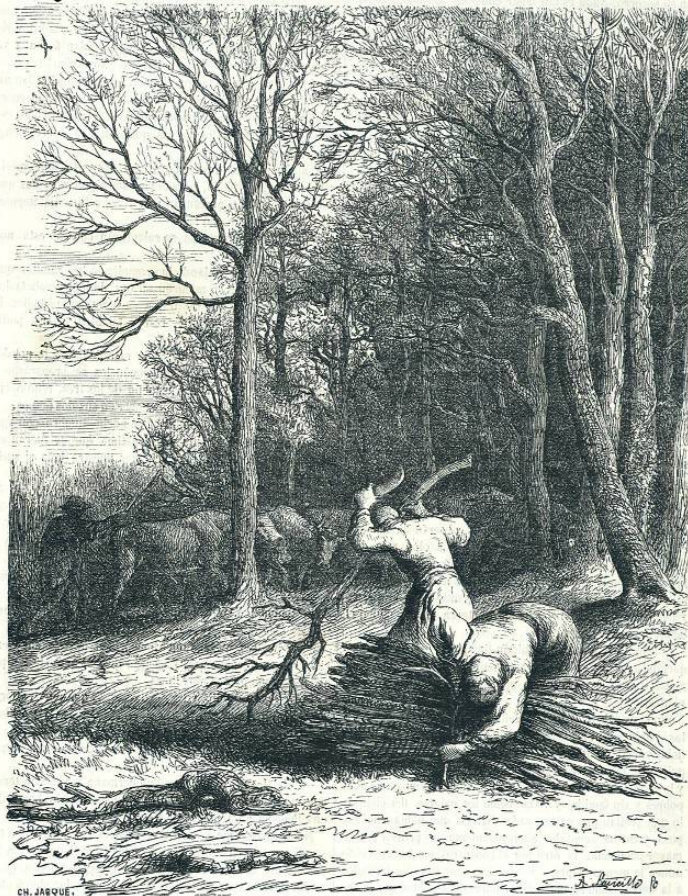
Este pintor nació en Weimar el 30 de octubre de 1712 y

murió en 1774, habiendo tenido por maestros á su padre y á Alejandro Thiele.

Por mucho bueno que hayan querido decir de él los escritores que han estudiado sus cuadros en Alemania, donde están casi todos, lo cierto es que Dietrich, por la misma razón de que no ha hecho mas que imitar á Ostade, Rembrandt, Watteau, Salvator Rosa, Berghem, y otra porción de autores todos esencialmente originales, no debe considerarse sino como un pintor de segundo orden. Por nuestra parte preferiríamos un artista menos diestro que Dietrich, con tal de que en sus obras manifestara una vida propia.

J. J. ARNOUX.

LOS LEÑADORES.



Una escena en los bosques. — Dibujo de Jacques.

Quién no ha encontrado alguna vez en las cercanías de los bosques á alguna pobre mujer cargada con un hacedillo de leña seca, descansando al borde de un barranco? Ese hacedillo ha exijido un largo trabajo. Primeramente ha habido que buscar una á una esas ramitas de leña seca y luego cortarlas con la podadera, arañándose para ello en las zarzas, y escurriéndose á veces por los barrancos, porque este

leñador no puede cortar mas que lo que está de sobra; cuando vé un árbol hermoso y bueno tiene que pasar de largo si no quiere esponerse á las reprimendas del guarda. Mengido de los bosques va tomando aqui y allá lo que el dueño desdéeña, para procurarse un poco de luz y de calor, en las frías y largas noches de diciembre.

Hay que ver esta clase de trabajo en los bosques para po-

der comprender la fábula del leñador llamando á la muerte en su socorro. Nada es tan triste como ese trabajo solitario en medio de los grandes árboles que cruzan sus ramas descarnadas, y en medio de ese profundo silencio interrumpido solo por los golpes de una podadera melada. El viento jine sordamente; los troncos de los árboles se hallan cubiertos de una helada escarcha, la tierra, calada de agua, cede bajo los pies, y el leñador aniquilado se sienta un instante, buscando en el horizonte el techo de su choza sin distinguir mas que las sombrías bóvedas del bosque, ó las largas arboledas desiertas á cuya estremidad se descubre un pedazo de cielo nublado.

El acaso nos llevó hace algunos años á un sitio en donde nos encontramos con dos de esas leñadoras que trabajaban en comun. Eran dos mujeres ancianas ya (dos hermanas como supimos luego) que habian ido allí de su aldea, distante mas de una legua, para hacer la provisión de leña de la semana.

La mas jóven se quejaba amargamente de su miseria y de su trabajo, mientras torcía las ramas verdes para atar los haces.

— Buenos dias llevamos! decía hablando con la mas anciana, lo mismo que si hablase consigo misma. Nada nos falta; aquí estamos heladas con la lluvia, y en casa nos morimos de hambre. Podrías decirme porqué hemos nacido?

— Bien lo sabes, respondió suavemente la otra que continuaba reuniendo las ramas secas: hemos nacido para hacer, lo mejor que podamos, lo que la necesidad exige de nosotros.

— Y si yo no quisiera hacerlo? repuso la primera con amargura; acaso he pedido yo la vida? No soy hija de Dios como los demás, para que me trate con tanta dureza?

— Dios no nos pide nunca consejos, observó la anciana con acento penetrante; lo ve todo con sus ojos, y lo dispone todo en su sabiduría, en tanto que nosotros nada sabemos. Créeme, apégate tu corazón, no te subleves contra lo que debe ser, y puesto que hemos venido al mundo para recoger leña, acaba en paciencia tu tarea, que tambien el Señor acabará la suya.

Continuaron discutiendo algun tiempo de este modo, una quejándose siempre, y la otra sometándose, y tomándose ambas por testigo para que apoyara sus encontradas opiniones.

Sin embargo ya el haz de leña estaba concluido, y sobre las espaldas de la pobre anciana. Yo la seguí preguntándola varias cosas. Su historia no tenia nada que la distinguiera de tantas otras. La de edad mas avanzada era viuda y la jóven habia envejecido en el celibato; ambas estaban pobres y sin familia, y vivían como los pájaros del cielo de lo que podían procurarse cada día. La que habia sido esposa y madre aceptaba silenciosamente la prueba con la mayor paciencia; la otra por el contrario sin haber tenido nunca la menor alegría, volvía sin cesar sus ojos irritados á la tierra, como reclamando la parte de felicidad que le era debida.

Hablando de esto llegamos á la salida del bosque, y al entrar en la hondonada que conducía á la aldea, nos salieron al encuentro tres niños, de los cuales el mayor podia tener unos tres años.

Cada uno de ellos llevaba contra su pecho su hacedito de ramitas secas recogidas una á una en el camino. En cuanto vieron á las leñadoras, los tres corrieron hacia ellas poniéndose á recoger los palos que caían de distancia en distancia del haz que llevaba la anciana

Entonces la pregunté quiénes eran aquellos niños.

— Unos pobres huérfanos, me dijo con acento compasivo; su abuela los cuidaba antes, pero hace ya seis meses que no puede andar y tiene que estar echada en un monton de paja, tanto que ahora los muchachos la cuidan á ella, y ya podeis figuraros como podrán hacerlo! No tienen otra cosa que lo que reciben de la providencia. Los vecinos les dan un poco de pan, ó un puñado de harina, y como esas inocentes criaturas no pueden ir al bosque todavía, recojen, como es táis viendo, los restos de los que son tan pobres como ellos.

Y al decir esto, la buena anciana aparentó que quería cargarse mejor su leña, para dejar caer algunas ramas que los muchachos se apresuraron á recoger inmediatamente. Ella se sonrió y me dijo:

— Las pobres criaturas se calentarán con eso esta noche.

Y conforme iba andando iba rompiendo las ramitas que podia alcanzar con su mano en su haz de leña sembrándolas por el camino, en tanto que su hermana, cómplice de aquel jeneroso subterfugio, recojía tambien cuanto podia para dárselo á los niños.

Ambas continuaron así hasta la estremidad de la hondonada, desde donde los tres pequeñuelos se prepararon á marchar á su casa. El mas pequeño de los tres, reunió entonces lo que llevaba que podia caber en sus dos manos.

— Los inocentes no tendrán esta noche lumbre con que calentarse, dijo la anciana. Seria lástima que se fueran así á casa de su abuela; vamos, echemos nuestra leña al suelo para darles una parte.

En efecto así se hizo; la leña se desató y la mas jóven de las dos mujeres fabricó un hacedillo proporcionado á las fuerzas del mayorcito de los tres muchachos, se le cargó á la espalda, y le despidió encargándole muchas cosas para la pobre abuela.

Esta buena acción pareció disipar algun tanto las sombrías ideas de la pobre mujer; tomó á su vez la leña, se la echó encima ayudándose con la podadera, y dijo con una irónica alegría:

— Es verdad que los que hacen bien á los pobres encuentran su recompensa. La carga que os parecia tan pesada, á mi me parece muy ligera.

— No es eso, la dije yo á media voz, que vuestro corazón se contenta y alivia con la buena acción que habeis hecho.

Ella se detuvo, me miró fijamente, y exclamó con acento conmovido:

— Ah! Jesus, hablais como mi hermana y veo que teneis mucha razon: para no sentir tanto la miseria, basta dar una limosna á un pobre.

Muchas veces me he acordado despues de este dicho tan sencillo como tierno. Si, el gozo que causa el socorrer á los demás, nos hace olvidar nuestras propias privaciones. Quizá no ha de creerse uno feliz sino cuando puede dar algo á otro.

Por eso vemos tanta jenerosidad entre los pobres. Siempre están dispuestos á comprar, con el sacrificio de una parte de lo que poseen, el gozo de proteger á otros, gozo prohibido á la indigencia. Cuando el cólera-morbo diezaba la poblacion de Paris, un obrero y su mujer sucumbieron casi al mismo tiempo, dejando un niño en la cuna. Un vecino que no contaba con mas recursos que su trabajo, se presentó para adoptarle. Algunas personas cuya prudencia paralizaba en sus corazones la piedad, le hicieron algunas observaciones:

— Qué importa? dijo el obrero tomando al huérfano en sus brazos, le daré la mitad de mi pan!

Si, la mitad del pan de cada día es fácil de sacrificar; pero lo que no comprometemos tan fácilmente, son nuestros hábitos de lujo, nuestros gustos caprichosos, nuestras futilidades opulentas se divide con la pobreza, pero todo el mundo es avaro de su riqueza.

INVIERNOS CELEBRES.

Dejando á un lado los anteriores á nuestra era porque el propósito es enumerar los de fecha mas reciente, nos detendremos en el año 400 en que se heló completamente el mar Negro, cuyo fenómeno no se reprodujo hasta el año 763.

En 821 se congelaron tambien el Danubio, el Elba y el Sena, y era tan espeso el hielo, que por espacio de un mes atravesaron su corriente sin un gran riesgo, los hombres, los caballos, los carros y el ejército.

En 839 se congeló el mar Adriático, y Venecia permaneció por algun tiempo como si fuera una ciudad situada en tierra firme. Lo mismo sucedió en el año 1234, hasta el punto de atravesar carros cargados la superficie helada del mar Adriático por enfrente del leon de San Marcos.

Jamas ha caído una porción de nieve tan grande como en el año 874, ni jamas tampoco ha empezado el invierno tan temprano. Desde los últimos dias del mes de agosto empezaron los campos á cubrirse de una ligera capa de nieve que poco á poco fué aumentándose hasta fin de marzo. Incalculables fueron los desastres que ocasionó un invierno tan crudo, pereciendo de frío familias enteras, á pesar de estar muchas de ellas bien acomodadas, por falta de combustible. De tal manera estaban los montes, que era imposible penetrar en ellos para cortar leña.

El invierno de 1281 se distinguió en Paris por una gran inundación que causó desastres innumerables. El deshielo de 1325 es uno de los mas terribles de que hacen mención los anales parisienses; el Sena arrastró montañas de hielo que echaron á pique todos los puentes. El invierno de 1334 fué muy riguroso, especialmente en Italia, donde se congelaron todos rios.

El invierno cruel por excelencia fué el de 1408 que se denominó el «año del gran invierno.» En los registros del parlamento de Paris se hallan noticias muy curiosas acerca de los tristes acontecimientos que produjo. El mismo secretario escribió que no pudo tomarse acta de los acuerdos del parlamento porque se congelaba á cada paso la tinta en las plumas, á pesar de haber bastante fuego en las cámaras. El Sena, como es de suponer, se congeló completamente, y cuando llegó á deshelarse arrancó de raíz los arcos de todos los puentes. Segun dice un historiador, se vió flotar sobre el agua un pedazo de hielo que tenia 300 pies de longitud.

En 1420 fué mas benigno el invierno, pero cogió á la clase pobre en tal estado de miseria, que murieron infinitas familias de hambre y de frío. Las mismas desdichas se reprodujeron dos años despues, durante el invierno de 1422. Fecundo por demas fué el siglo XV en toda clase de desgracias. El 7 de octubre de 1435 se levantó de repente en Paris tal huracan que destruyó un sin número de casas, y arrancó de cuajo árboles de gran tamaño. Heló en aquel invierno dos meses y veintidós dias consecutivos, y nevó sin dejarlo por espacio de cuarenta.

En 1438 acampó sobre el Danubio un ejército de 40,000 hombres, y se cuenta que en el ducado de Borgoña sacaban el vino de los toneles en pedazos.

El siglo XVI no cuenta ningun invierno memorable, pero al principio del XVII en el año 1608 produjo tales desgracias el frío, que bastará decir que estaba helado el pan servido en Francia á Enrique IV el día 23 de enero.

Los inviernos de 1638 y 1639 causaron males incalculables, principalmente en la nacion francesa. Marsella misma, con su temperatura ordinariamente dulce, vió congelada el agua del puerto y en Borgoña y parte del mediódia se perdieron completamente las cosechas de vino y aceite.

El último invierno memorable de aquel siglo fué el de 1657 á 58, cuyos terribles efectos se dejaron sentir en toda Europa. Carlos X, rey de Suecia, mandó recorrer en el mar Báltico una línea de cinco ó seis leguas á un ejército completo con caballería, artillería, arcos y bagages. En Paris se congeló el Sena y el deshielo arrastró en pos de si el puente Marie, sobre el cual habia 22 casas.

El siglo XVIII es uno de los que cuentan mayor número de inviernos crudos y terribles. Mencionaremos únicamente los principales. En 1700 se heló toda la semilla en los campos, perdiéndose los granos en los surcos. En la primavera fué preciso sembrar de nuevo. Murieron de frío infinitas personas; quemáronse con las heladas los árboles frutales y aumentó no poco las desgracias de la carestía del pan.

En 1740 se congeló el Támesis, viéndose por precision suspendido el movimiento comercial de Londres. En San Petersburgo se construyó un palacio de hielo, en cuya cima colocaron seis cañoneras con sus correspondientes cañones de hielo que se dispararon cargados con pólvora y balas, deshañándose el hielo acto continuo.

En 1779 fué grande tambien el frío, siendo preciso que las autoridades tomasen algunas precauciones é hicieran grandes gastos para que no perecieran á miles las personas de las clases pobres.

Tambien se distinguió el invierno de 1784 por la intensidad del frío. En Paris levantó el pueblo á Luis XVI una estatua de hielo en la plaza del Trono, agradecido de los favores que en momentos tan críticos le hiciera.

El primer invierno célebre de nuestro siglo es el de 1812, cuya historia estará escrita en caracteres de sangre para la nacion francesa. La desastrosa retirada de Moscová hará memorable á aquel invierno.

En 1820 fué diezmada la clase pobre por el frío. Perdiéronse casi todas las cosechas, y se quemó con el hielo la mayor parte de los olivares.

Hasta el año 1829 no se repitieron semejantes desastres producidos por el frío. Por último aun no se habrá olvidado el riguroso invierno de 1838 que fué seguido de los no menos notables de 1841 y 1842. Bien puede decirse que en estos últimos años no se ha dejado sentir de veras el frío. Mas vale que continúe así, y que no se repitan las terribles escenas á que da lugar un crudo invierno.

LA MUERTE DEL CIERVO.

Muchas veces hemos hablado ya de la involuntaria emoción que le causa al hombre el dolor ó la muerte de todos los seres que participan de nuestra vida terrestre. En efecto, entre el hombre y el animal existen otros lazos que los del interés ó el hábito; Dios ha depositado en esos compañeros inferiores algo de nosotros mismos.

Todas las naciones tienen ciertos puntos de teogonía que unen el animal al hombre en las primeras edades del mundo, suponiéndolos en una relacion mas íntima que la que